qué gente tan mala hay en el mundo, Sr. D. Cleto! Á mí que no me digan: si se hiciera un buen escarmiento... Pero, como dice D. Pedro Regalado, mientras estén las riendas del Gobierno en manos del *Guardia*...

Doña Bernarda, sin dar tiempo á que los demás le contestaran, continuó en su charlar infatigable, ávida de desembuchar lo que traía en el cuerpo.

III

La galera en que Pablillo debía ir á Madrid estaba preparándose en la venta de los Huevos, y entretanto él, acompañado de otro chico de su misma edad, hijo de uno de los arrieros, se paseaba en la gran plaza de Aranjuez en el momento en que una gran muchedumbre se había acumulado allí para ver á las *personas reales* que saldrían pronto de paseo. Entre los diversos grupos había uno en que varios hombres hablaban con mucho calor. Pablillo, atraído siempre por todo lo que fuera animado é imponente, se acercó, metiéndose en el corrillo sin más ceremonia, como es costumbre en los chicos curiosos y vagabundos. Entre aquellos hombres descollaba uno á quien los demás oían con mucho respeto y con evidente admiración. De pronto pasaron los coches de palacio cargados de príncipes, princesas, gentiles-hombres, camaristas y, por último, una pesadísima carroza en que iban Carlos IV, María Luisa y el Príncipe de la Paz. Al pasar junto al grupo, el hombre aquel á quien todos oían con tanta atención, dijo mirando á los personajes regios: «Todos tienen que caer».

Pablillo ni oyó tal cosa, ni de oirla la hubiera entendido, y corrió tras los coches fascinado por tanta grandeza y esplendor, llamándole principalmente la atención la escolta que custodiaba á los reyes. El, según dijo á su improvisado amigo el hijo del arriero, no había visto nunca cosa tan bella. Poco después salió para Madrid, casi á la misma hora en que su hermano partía para Toledo.

CAPÍTULO XXIV

El primer programa del liberalismo.

En Aranjuez tuvo Martín una excelente acogida, y hubo muchos que se entusiasmaron de tal modo oyéndole, que resolvieron seguirle á Toledo. Aquí las personas inmediatamente ocupadas en organizar la conspiración, recibieron con verdadero alborozo al enviado de Rotondo, el único en quien aquel hombre eminente había encontrado todas las cualidades propias para el caso. Se le enteró con minuciosidad de los preparativos, vió las armas y conoció á cuantos estaban dispuestos por despecho, por miseria ó por espíritu de insubordinación á tomarlas el día señalado. No es preciso decir que la mayor parte de aquella gente no sabía lo que hacía ni por qué lo hacía. Cuando más, algunos estaban alucinados con la generosa ilusión de que el Príncipe vendría á curar los antiguos males, desterrando la inmoralidad, la miseria, la bajeza de los que á la sazón gobernaban á España.

Rodeados de todas las precauciones imaginables, se reunían los conspiradores en una casucha de la calle del Hombre de Palo, en cuyo recinto apenas cabían las treinta ó cuarenta personas que minaban el trono del Príncipe de la Paz. A la mayor parte de ellos Muriel se les representaba con los caracteres de un hombre extraordinario. Nunca habían oído elocuencia igual, y su voz tenía el don de despertar en la mente de todos ideas grandiosas.

La gran ventaja para Muriel consistía en que encontraba preparado el terreno. El solo, intentando formar un partido en aquella época, hubiera intentado lo imposible, pero las circunstancias le depararon aquella ocasión. La fuerza estaba preparada y dispuesta; él no necesitaba hacer otra cosa que infundirle su idea, y esto lo estaba consiguiendo sin dificultad. ¡Cuántos habría allí de voluntad floja que adquirieron grandes bríos en su compañía! Muchos que sentían gran desconfianza y timidez se llenaron de ardor, y bien pronto no hubo quien dudara del éxito de aquella empresa.

El redactó en pocas horas un plan completo, no sólo para el movimiento, sino para el triunfo, y de antemano previno lo que debía hacer la Junta de gobierno de la ciudad y del reino, que se establecería allí provisionalmente. Esta

Junta había de convocar unas Cortes generales, á las cuales competía decidir si pasaba la corona á las sienes de Fernando. Como medidas primordiales anteriores á la elección de Cortes, se dispondría la abolición del Santo Oficio, la desamortización completa, la extinción de señoríos, haciendo desaparecer el voto de Santiago, los diezmos y otros onerosos tributos. A las Cortes se dejaba el resolver sobre los mayorazgos y el fundamento de un nuevo Derecho penal y civil.

Este plan cautivaba más cada día á los adeptos de la causa fernandista, que veían ensancharse el horizonte de su primitiva idea. Eran estos hombres, por lo general, jóvenes de la clase media, que habían recibido provechosa enseñanza en las escuelas de aquellos tiempos, pero emancipados al fin de los seminarios y conventos. Los que procedían de esta clase de institutos eran, por lo general, los más ardientes. El pueblo, al principio, no se relacionaba con Martín sino por la mediación de esta juventud entusiasta. Pero él quiso conocer qué elementos tenía en la plebe, y exploró con afán, procurando siempre infundir una idea á aquella muchedumbre irreflexiva. Escoiquiz no aparecía en estos conciliábulos, ni Martín tenía tampoco grandes ganas de verle, porque estaba decidido á obrar por su cuenta. Tres personas se presentaban allí como autores de los preparativos y representantes de las altas personalidades del partido; estas tres personas simpatizaron de tal modo con el joven filósofo, que éste fué en poco tiempo el alma de la conspiración.

En tanto, se acercaba el día y se tomaban todas las precauciones para que el éxito fuera seguro. Se amotinaría el pueblo de Toledo con el pretexto de la carestía del pan, apoderándose luego de la ciudad para proclamar la caída de Godoy. A este grito mágico, que alborozaba entonces á casi todos los españoles, responderían otras ciudades preparadas ya, como Talavera, Valladolid y Zaragoza, donde se enviarían emisarios en el momento crítico. Los amotinados de Toledo se harían fuertes en la ciudad, contando con el levantamiento de la población de Aranjuez, que recibiría de la ciudad imperial grandes auxilios. Según el pensamiento de Muriel, el grito de los primeros alzamientos sería «¡abajo Godoy!»; después, la Junta de Toledo, que sería su hechura, arrojaría una idea más alta á las cuatro extremidades de la nación.

Muriel, á pesar de ver reconocida su superioridad, no tenía confianza ciega en algunos de los conjurados, por lo cual se ocupaba en vigilarlos con mucha atención para cerciorarse de que su complacencia no era una vana fórmula hija del miedo que había logrado infundirles.

— Mereceremos — les decía Martín en las reuniones privadas, en que sólo entraban muy pocos, — mereceremos el desprecio del mundo, si esto que ha de hacerse es un ridículo aborto en vez de una fecunda reforma. Pedir la caída de Godoy para que todo siga como en los días de su omnipotencia, es cambiar de cadena y probar al mundo que no podemos vivir sin la tutela de esa familia corrompida, en la cual no hay ningún individuo que comprenda la misión que el cielo ha encargado á los reyes. El primer acto de la Junta de Toledo ha de ser declarar que la *familia de Borbón ha cesado de reinar en España*. ¿Hay alguno que no esté conforme?

Al escuchar esta proposición, silencio sepulcral reinó en la sala, y todos callaban asustados del enorme alcance de la aspiración de Martín.

— ¿Hay alguno que se sienta sin valor para sostener esta idea? Es preciso decirlo, para que nos conozcamos todos.

— No, no. Sí, tendremos valor para eso — contestaron á una todos los concurrentes.

— Un pueblo que toma las armas para cambiar de tirano merece tenerlos siempre.

— ¡Es verdad, es verdad!

— Caiga en buen hora ese hombre inmoral y presumido; pero sobre los escombros de su poder no se alzará otro lema que el de la *soberanía de la nación*.

—Sí; esa es nuestra bandera. La Junta de Toledo la mostrará á todos los españoles el día del triunfo — contestaron en diversos tonos los fernandistas.

De esta manera resonó por primera vez en una asamblea de conspiradores aquel emblema, que después había de iniciar una lucha de medio siglo entre las aspiraciones de la inteligencia moderna y la invencible tenacidad de la civilización antigua, apegada á nuestro carácter á pesar de tantos y tan sangrientos esfuerzos por arrancarla.

CAPÍTULO XXV

La deshonra de una casa.

I

Mientras llega el día de la convulsión que se preparaba, volvamos á Madrid, y á la casa de Susana, donde ocurre un acontecimiento capital. El conde de Cerezuelo, venido de Alcalá al saber la noticia del secuestro de su hija, se había agravado de tal modo en su inveterada enfermedad, que se moría el pobre sin remedio. Ya antes del suceso tenía muy contados sus días; pero la impresión que le produjo la noticia, la fatiga del viaje y el considerar la deshonra que sobre sus canas había caído, precipitaron su fin.

La casa presentaba aquel día aspecto pavoroso. Por un lado, el conde muriéndose y en un estado de exaltación que causaba espanto; por otro, su hermano don Miguel afectado de una excitación nerviosa que le tenía en continuo delirio. Ambos exigían exquisitos cuidados, y la familia se repartía junto á los dos lechos, sin saber cuál de los dos enfermos se hallaba en peor estado. Arriba estaba el conde, acompañado de su hija, de Segarra, del doctor y de doña Antonia; abajo, don Miguel, asistido por el marqués, doña Juana y don Lino, que iba y venía de un enfermo á otro, después de haber corrido medio Madrid buscando médicos, boticas y asistentes.

El conde conocía su fin y conservaba el uso de sus facultades intelectuales, lo cual le permitió hacer un nuevo testamento. Después de un período de exaltación en que increpaba á su hija, se había quedado sereno, tratando sin duda de apartar la mente de las miserias de la tierra para elevarla á Dios en aquel trance supremo. Cuando Susana apareció y se la presentaron, después de haberle preparado, hizo un movimiento de horror, cerró los ojos y extendió las manos como para apartarla de sí. La joven se quedó sentada en una silla junto al lecho, muda, aterrada, sin atreverse á proferir palabra ni á hacer el menor movimiento, clavada en su asiento, con los ojos fijos en su padre, como si asistiera á la sentencia final en presencia del Supremo Juez.

Nadie se atrevía á dirigirle la palabra, porque parecía

que todos se juzgaban partícipes de su falta con sólo acercársele. Lo que pasaba por ella en tales momentos no es fácil de adivinar, ni menos de transcribir. Parecía víctima de letargo angustioso que la mantenía inmóvil y espantada, semejante á la estatua del terror.

El conde, que antes había recibido los Sacramentos, se agitó de nuevo con su presencia, tuvo cerrados los ojos más de media hora, marcando su respiración con un bronco estertor, y después los abrió para fijarlos en ella con expresión de ira.

—¡Tú nos has deshonrado! ¡Has deshonrado mi casa, y mi nombre y mi familia! — dijo con voz que parecía salir de las profundidades de la tierra. — Yo me muero hoy, y me muero con indignación porque no puedo lavar esta mancha.

Los que asistían á tal escena le oían con profunda emoción, y Susana no contestó palabra, ni hizo gesto alguno.

— No puedo morir en paz; me muero rabiando — continuó el conde. — Tú has puesto fin al lustre de mi honrada casa; ¡mis padres y mis abuelos te maldecirán como yo te maldigo!... No digas que eres mi hija; olvida que soy tu padre; no lleves mi nombre. Lleva el de ese maldito que te ha robado de esta casa incitado por ti.

En los labios de Susana se notó una ligera alteración como si quisiera romper á hablar; pero continuó en silencio.

—¡Infame! — continuó el conde, — ¡infame tú é infame él! Si cuando naciste hubiese sabido que ibas á prendarte del hijo de Muriel, de ese bandido, de ese asesino, te hubiera estrellado. Tú no eres hija de aquella santa mujer... ¡Infeliz! ¿sabes lo que has hecho? ¿sabes medir la enormidad de tu crimen? ¡Huye! ¡sal de aquí! ¡vete con él! Dios permita que recibas aquí en la tierra el castigo de tu infamia. Unete á él para que la deshonra se una á la deshonra. Tus hijos serán monstruos horrendos. Vivirás despreciada de todo el mundo. Pero no digas que fuí tu padre; olvida mi nombre; olvida...

Desde aquí sus palabras fueron mal articuladas é ininteligibles. Sólo en aquel confuso desbordamiento de voces se distinguía esta frase, repetida sin cesar: «¡Con el hijo de Muriel! ¡Con el hijo de Muriel!» Por fin, de su boca no salía sino un mugido entrecortado que se fué extinguiendo, hasta que sacudió la cabeza con violencia y se quedó después inmóvil, con los ojos ferozmente abiertos y los labios muy apretados. Estaba muerto.

Susana, en su tremendo estupor, notó que los que rodea-

ban á su padre empezaron á hablar en voz alta, ya seguros de no molestar al paciente; vió que le cubrieron el rostro con la sábana, y después le pareció que se alejaban. Sentía pasos detrás de sí; creyóse sola, y fijaba invariablemente la vista en aquel gran bulto dibujado por las sábanas, como una gran estatua yacente á medio labrar, con las formas apenas toscamente indicadas en un gran trozo de mármol blanco. Vió que ponían una luz junto á la cabecera, y que se retiraban dejándola sola. Ella, sin embargo, en el estado de su espíritu, abrumado por indecible emoción, no se atrevía ni á levantarse ni á mirar á ningún lado. Llegó un momento en que no se sentía el menor ruido en el cuarto. Nadie se acercaba á dirigirla una palabra de consuelo; nadie se dolía de su situación. De pronto siente que le ponen una mano sobre el hombro, y aquel ligero golpe produjo en su naturaleza una sensación igual á la que se experimenta al sentir la explosión de un rayo. Volvió la cabeza, y vió á D. Lorenzo Segarra, el cual, con cierta confianza inusitada y además con afectada amabilidad, impropia en aquellos momentos, la sostuvo con su brazo y la llevó fuera diciendo:

— Señorita, debe usía salir de aquí.

II

Mientras esto sucedía, cerca de la madrugada, en la estancia mortuoria del conde de Cerezuelo, veamos lo que pasaba en el despacho, donde su hermano padecía de un modo igualmente pavoroso. Tenía fiebre altísima, y se hallaba en completo estado de trastorno mental, esforzándose en dejar el lecho, gritando, hablando con personas que sólo existían en su calenturienta fantasía, y á las cuales daba nombres no conocidos por ninguno de los presentes. Se le prodigaban con mucho ahinco los auxilios que ya no era preciso aplicar á su infeliz hermano.

— Tranquilízate, por Dios — le decía su esposa cubriéndole, mientras los demás querían impedir que saliese del lecho.

— No... dejadme ir... — decía él delirante, pugnando por levantarse. — Voy á detenerle; ¿no veis que se va á llevar los cien mil duros?

— Si no hay nadie aquí más que nosotros — contestaba la esposa.

— Sí; ¿no lo veis?... ¿no lo veis? — dijo D. Miguel señalando la caja con aterrados ojos. — Allí está contando el dinero. ¿No sentís el chirrido de la tapadera de hierro que sostiene en su mano? ¡Infame!... Que no vuelva Susana — continuó cerrando los ojos y extendiendo las manos como para apartar un objeto de horror. — Poneos todos delante; no quiero verla; echadla de aquí... Pero siempre la veo... poneos delante... Siempre la veo, aunque cierro los ojos... Marqués, sácame los ojos para que consiga no verla... Aquí está: me mira con sus ardientes y terribles pupilas... Está cubierta con una ropa blanquísima, y de su pecho corre un raudal de sangre que llena todo el cuarto... ¡Pobre Susana!... Pero yo no fuí, yo no tengo la culpa, yo no quería que muriera, sino que se la llevaran lejos, lejos... El maestro Nicolás es quien se empeñó en que muriera... ¡Infame! Y se ha llevado los cien mil duros... ¿No le veis cómo registra la caja?... ¡Malvado!

— ¡Qué espantoso delirio! — decía doña Juana á cada rato. — Es propenso á delirar desde que tiene calentura; pero nunca he visto en él un extravío igual.

El marqués parecía más preocupado que doña Juana del sentido de las palabras proferidas por el enfermo.

— Pero no lo creáis — prosiguió éste, — no se llama maestro Nicolás, se llama D. Buenaventura Rotondo, y se finge barbero para penetrar en las casas. Es un conspirador y un intrigante... Por Dios, poneos todos delante para que no la vea. Aquí está otra vez con su traje blanco manchado de sangre... Marqués, por piedad, sácame los ojos; no quiero tener ojos... Si yo no fuí, fué él... ese infame Rotondo; yo sólo quería que se la llevaran de aquí... ¿No veis cómo registra la caja y cuenta el dinero?

Al decir esto hacía esfuerzos por levantarse, al paso que mientras nombraba á Susana se tendía, se arropaba, cerrando fuertemente los ojos. El marqués llamó aparte al doctor y le dijo:

— ¿No le preocupa á usted este delirio?

— Sí — dijo el doctor con angustia. — Sí; en eso estaba pensando. Después hablaremos.

— Me parece que esto es una revelación. ¿Conoce usted al maestro Nicolás?

— Sí; le he visto aquí algunas veces. Aquí hay misterio. Siempre me chocaron las visitas de ese hombre. ¿Sabe usted dónde vive?

— No; esa es la gran contrariedad. Pero viene todos los días. Si viene mañana, le echaremos el guante.

— Hoy dirá usted; porque son las cinco — dijo el doctor mirando su reloj. — Tremenda noche ha sido esta. ¡Pobre Susanilla!

Al decir esto el buen inquisidor lloraba como un niño.

— Y por ese hombre que se encontró en la casa, ¿no se podría descubrir algo? — añadió Albarado.

— Nada absolutamente. Es un loco, y á todas las preguntas contesta con que va á la Convención ó á los Fuldenses.

— No cabe duda que aquí hay misterio.

— Unicamente pienso averiguar algo por la Pintosilla, que está presa desde ayer.

— Susana misma nos dirá también lo que vió en aquella casa.

El marqués hizo un gesto que indicaba estar seguro de no averiguar nada por aquel medio.

— ¿Usted cree que Susana estaría en connivencia con esos bandidos? Eso sería horrible.

— Pero es verdad — contestó el marqués tristemente. — El fué al baile de candil de acuerdo con ella. Eso saltaba á la vista. El encontrar la casa sola, y el aviso que aquí se recibió, indican que esos miserables la abandonaron después de lograr su objeto.

Pasaron las horas y Cárdenas se fué calmando lentamente, hasta que al fin reposó por completo, fatigado el espíritu y la materia del terrible delirio. Callaron todos para no interrumpir su descanso, y á eso de las siete un criado entró á anunciar que allí estaba el maestro Nicolás con las pelucas y á afeitar al señorito.

— Que deje las pelucas y se vaya — dijo doña Juana.

— No; que espere — dijeron, saliendo el marqués y el doctor.

En efecto; Rotondo, que quería á toda costa llevarse, si no los ochenta mil duros restantes, por lo menos una buena parte, entró en la casa; pero aquel día tuvo mala estrella, y no volvió á salir, porque el marqués, auxiliado de la servidumbre, le encerró bonitamente en los sótanos de la casa.

III

Dos días después de estos sucesos, el doctor entró en el cuarto de Susana, y encerrándose con ella, entablaron el siguiente importante diálogo, del que no perderemos punto ni coma.

La que era ya condesa de Cerezuelo se hallaba en deplorable estado físico y moral, tendida sobre un canapé en la misma estancia donde recibió á Martín algunos días antes.

Sólo la criada entraba para llevarle el alimento, y, más conturbada, más triste estaba allí que en la otra prisión de la calle de San Opropio, que ella juzgó el más odioso lugar de la tierra. El primero que traspasó el dintel de este nuevo encierro, en que la joven se desesperaba acompañada de sus pensamientos, fué el pobre abuelo, el más afligido de todos los de la casa. Su vista impresionó vivamente á la orgullosa dama, que conservaba bastante entereza en medio de tantas amarguras.

— Susana—dijo gravemente,—quiero conferenciar contigo de un asunto concerniente á la honra de esta casa, que está, tú lo sabes, muy por los suelos. Ante todo espero de ti una revelación franca. Lo que á mí me digas puedes considerar que se lo has confiado á un sepulcro. Después de lo que ha pasado nada me sorprenderá; yo, que debiera ser inflexible como lo ha sido tu padre, seré tolerante si tienes conmigo la franqueza que espero. ¿Tú quieres á ese hombre?

— Sí — contestó Susana con dignidad.

— ¿Todavía? — preguntó el doctor con ansia.

— Todavía y siempre.

— No; no lo puedo creer. ¡Tú estás loca, Susana! por Dios: mira lo que dices. Yo soy demasiado bueno; yo no debiera volver á mirarte; pero el entrañable cariño que te profeso me obliga á ser débil. Tú harás lo posible por sofocar ese afecto, ¿no?

— No, porque me moriría.

— Susana, Susana: tú has perdido el juicio. ¡Te morirías, dices! Ojalá te hubieras muerto antes de hacer lo que has hecho. Más quisiera verte en tu ataúd vestida con el hábito de la Virgen del Carmen, nuestra santa patrona, que deshonrada y perdida para siempre en el concepto del mundo. Dime: ¿ese hombre te arrebató de acuerdo contigo?

— No, yo nada sabía; soy inocente. Me robaron para exigir la libertad de Leonardo.

— Esos hombres son unos bandidos. ¿Y tú amas á ese hombre?

— Sí; no lo negaré nunca.

— ¿Ha estado él allí contigo en estos días?

— No; sólo ha estado una vez en que hablamos un poco, y él se marchó.

— ¿Adónde?

Susana no contestó á esta pregunta, á pesar de que fué muy repetida.

— ¿Pero no te horrorizas de lo que has hecho?

— No; porque tengo mi conciencia más limpia que ese

espejo en que nos estamos viendo. No tengo por qué horrorizarme; no he cometido falta alguna.

— ¿Pero qué es esto? Aquí hay un arcano. ¿Pero es cierto que tú amas á ese hombre, ó ha sido un capricho pasajero?

— No ha sido capricho pasajero: es un afecto firme y grande que no se extinguirá mientras yo tenga vida.

— Pues hija: cualquiera que sea la verdad de la sucedido, tú estás deshonrada para el mundo. Ningún caballero de familia ilustre se rebajará á darte su mano; has de vivir encerrada en un convento toda la vida, porque ni aun en esta casa quiere mi hermana que estés. Sólo una solución se ofrece que pueda, si no devolverte la posición que has tenido, porque eso ya es imposible, por lo menos ocultar algo de tu deshonra y darte un nombre que puedas llevar con la frente erguida.

— ¿Qué solución es esa?

— Hay un hombre que, á pesar de lo que ha pasado, quiere casarse contigo. Ese hombre no hubiera sido antes digno ni de dirigirte la palabra; pero hoy, hija, vale más que tú, no lo dudes; hoy su oferta puede considerarse como una abnegación.

— ¿Y quién es ese hombre? — preguntó la dama.

— Don Lorenzo Segarra. Aunque de humildísima cuna, no debes de rechazarle porque, con dolor te lo digo, hoy no puedes aspirar á más. Y aun hay que agradecerle su comportamiento, hijo del mucho amor que tiene á la familia. El quiere lavar esta deshonra, y no vacila en dar su nombre á la que ya no podrá honrarse con el de otra casa más alta. Creo que no has podido soñar una reparación más aceptable. Vivirás con él en Alcalá durante algunos años y después podrás volver aquí. No puede decirse que lo hace por avaricia, porque has de saber que tu padre, en su último testamento, lo nombra heredero de todos los bienes que no pertenecen al mayorazgo; de modo que el esposo que te propongo es casi tan rico como tú.

No es posible pintar el desdén y la repugnancia con que Susana escuchó aquella proposición. El doctor que lo conoció, dijo estas palabras:

— Yo, que te quiero como un padre, tengo gran empeño en que esto se haga. Vengo de hablar con D. Lorenzo, que asegura no poder resistir la situación en que te encuentras. Lo comprendo. ¡Se interesa tanto por la familia! Estoy seguro de que me harás el gusto en compensación de la pena que á todos has causado. Si no lo haces, Susana, haz cuenta de que no existo; no te veré más; puedes considerar

que oyes de mi boca cuanto oíste de la de tu padre en su última hora. Esto te propongo. Si lo aceptas, seré para ti tan cariñoso como siempre lo he sido; si no lo aceptas, olvídate hasta de mi nombre; no te conozco; eres para mí la última de las mujeres. Por más esfuerzos que me cueste este sacrificio, lo haré, te juro que lo haré.

El buen doctor no pudo continuar porque los sollozos ahogaron su voz. Susana, á pesar de los esfuerzos de valor que desde algún tiempo hacía, á pesar de su arrogante serenidad, no pudo mostrarse indiferente ante las lágrimas de aquel buen viejo, del pobre *abuelo*, que la amaba tanto. Ya sabemos el ascendiente que el doctor tenía sobre ella, y bien podía asegurarse que era el único de quien se dejaba conmover. La orgullosa consistencia del carácter de la dama únicamente cedía á los mimos del consejero de la Suprema. Aquel día al oír sus súplicas, al ver las lágrimas que surcaban por las arrugadas mejillas del buen viejo, al oír de sus labios promesas de perdón, cuando todos se habían mostrado tan sañudos con ella, no pudo resistir una emoción violenta. Albarado no quiso destruir con nuevas promesas ó amenazas el efecto de sus anteriores palabras, y calló juzgando que nada era tan expresivo como sus lágrimas. Se fué dejándola sola y encargándole la tranquilidad. En el corredor se encontró á Segarra y le dijo al oído:

— Creo, Sr. D. Lorenzo, que lo vamos á conseguir.

CAPÍTULO XXVI

¿Iré ó no iré?

I

Vamos á asistir á la espantosa duda que conturbó el entendimiento de Susana, comprimido por dos ideas opuestas, disputándose la victoria con igual esfuerzo. La infeliz sufrió por cinco días aquella tremenda agonía que produjo en ella un gran trastorno moral y físico, haciéndola insensible á cuanto á su lado veía. Sola, callada, inmóvil, con la vista fija en el suelo, estuvo cuarenta horas recostada en el mismo sofá en que la hemos visto hablando con el abuelo. Nada la sacaba de su abstracción; nadie le hizo desarrugar el ceño ni volver la vista; no contestaba á palabra

alguna, ni fué preciso comprender si era aquella reconcentración de soberbia ó un fuerte acceso de remordimientos. Estaba tejiendo y destejiendo una tela infinita, oscilando sin cesar de un término á otro entre los dos de una proposición terrible. Si lo que pasa en el cerebro en tales ocasiones se expresara al exterior por algo material, por algo que se viera y que sonara, se parecería al tic tac de un péndulo lento y candencioso, máquina triste que se ocupa en cantar una duda sin fin.

¿Iré ó no iré? Parecerá rara esta vacilación en un carácter resuelto y propenso á las determinaciones decisivas como era el de Susana; pero en las circunstancias en que se encontraba, no era fácil la línea recta. La duda frívola, que más que duda es ligereza y veleidad, no es propia de los caracteres fuertes y activos; la grande, la dolorosa duda que perturba y sacude el ánimo, sólo cabe en las naturalezas reflexivas y profundas ó en los caracteres apasionados y fogosos. Nunca la pasión y el deber, eternos contendientes de estas grandes batallas, chocaron de un modo tan rudo como en la mente de Susanita cuando, muerto su padre, y decidido por la familia su matrimonio con Segarra, empezó á preguntarse si iría ó no á Toledo en busca de Martín, ó renunciaría para siempre á la unión prometida y jurada.

Cuando había consentido en renunciar á sus preocupaciones, lo había hecho con plena y absoluta resolución de cumplir su promesa. Aquello había llegado á ser una necesidad, después de haber sido objeto de una gran lucha. Una serie de impresiones recibidas en los días de su prisión, y, por último, el diálogo con Martín, desarrollaron en su ánimo la pasión tan á expensas del orgullo, que era preciso transigir con ella, y olvidar la baja condición del objeto amado. Ella no había conocido un hombre como aquel, ni creía que existiera otro en quien se juntaran más calidades de carácter y de persona que le fueran agradables. Hasta lo que podrían considerar muchos como defectos, le era simpático, y sentía una admiración instintiva hacia todo lo que en él causaba terror á los demás. Era el ser *único*, encontrado en la jornada de la vida, sin que antes hallara otro, ni hubiera esperanza de encontrarle después. Renunciar á él, sería renunciar á la vida, someterse al rigor de una familia intolerante y cerrar para siempre los ojos á la luz de la felicidad, sumergiéndose en noche de tristeza y de soledad, peor que la muerte, porque se pensaba. Si tenía la debilidad de ceder á sus preocupaciones y á las exigencias de sus parientes, era preciso optar entre

pasar el resto de la vida en un convento ó casarse con un hombre como D. Lorenzo Segarra, lo cual era todavía peor que el convento. ¿Y qué valor tenían las exigencias de su familia tratándose de su felicidad? ¿Por qué había de someterse á la voluntad de nadie? ¿Por qué había de sacrificar á una vana consideración social, á una pura cuestión de palabras, el hecho cardinal de su vida, aquel grande y noble sentimiento, vagamente previsto desde que dejó de ser niña; anunciado, al presentarse, con el aparato de fuertes ataques de veleidad, de mal humor, de caprichosas liviandades; enseñoreado al fin de su espíritu, de tal modo, que había llegado á ser su espíritu mismo? No; de ninguna manera. Era preciso ir.

Pero... pero aun zumbaban en su oído, como el eco de las voces de todos sus antepasados juntos, las palabras del conde, cuyo clamor era la protesta de la raza y de la sangre contra aquella desnaturalizada hija que manchaba con el cieno de las tabernas y con el polvo de los clubs el preclaro nombre de la antigua familia. Don Pablo Muriel había sido enemigo de la casa; aquel nombre no podía ser simpático á ningún Cerezuelo. Su padre había fallecido presa de un rencor que no domaba ni la proximidad de la misma muerte. Había concluido su honrada vida con el corazón envenenado, maldiciéndola desde las puertas del sepulcro, y aborreciendo cuando sólo debía amar, atento á su deshonra, cuando sólo debía poner el pensamiento en Dios. El, que debía haber muerto como un justo, murió como un réprobo, desesperado y furioso. Tal vez el alma del padre irritado no encontró abierta la entrada del cielo, cerrada para todos los rencores de este mundo. ¡Oh, este era un pensamiento terrible! La maldición del conde, su atroz aspecto, su frenesí, que casi parecía de ultratumba, le imponían un pavor indecible. Casi le costaba trabajo creer que su mismo padre estuviera en aquellas escenas, y le parecía que, ya finado, había vuelto, traído por infernales espíritus, á pronunciar el anatema de cien generaciones de antepasados ilustres. Aquel recuerdo y aquellas palabras la perseguirían toda su vida como un escuadrón de espectros zumbando en su oído y revolando ante su vista. No... de ninguna manera; no podía, no debía ir; era imposible ir.

Pero... pero si ella no había conocido otro hombre como aquel, con cuyo carácter el suyo había hecho ya un estrecho maridaje en la región de lo ideal. ¡Eran los dos tan parecidos, tan el uno para el otro! Además, ella detestaba la turba de galanes que conocía en la Corte, y sentía repugnancia invencible hacia los sandios petimetres que la ha-

bían ofrecido su mano. Á veces, antes de encontrar aquel ser buscado instintivamente por todos lados en el sendero de la vida, ella era también frívola y tonta como los que la rodeaban; pero en el fondo de su alma detestaba la afeminación. Adoraba todo lo enérgico, todo lo que tuviera proporciones inusitadas. La superioridad moral de Martín la atraía por una especie de gravitación que existe en la misteriosa astrología de los espíritus. No podía resistir aquella atracción que propendía á fundir en una sola dos naturalezas afines. Su entendimiento como su voluntad se habían ya acostumbrado á volar continuamente en dirección á la voluntad y al pensamiento del revolucionario. Era tan triste suponer un divorcio perpetuo entre los dos, que la imaginación dolía, como si fuera un órgano, al fijarse en este punto. No era posible pensar cosa alguna que no se relacionase con él. Nada ocurría en el mundo moral, como en el físico, que estuviera desligado de la persona ó del pensamiento de aquel hombre; y la imaginación de la pobre dama no tendía ninguno de esos hilos de araña que pueblan el espacio en las horas de meditación, sin que la extremidad del cable imperceptible dejara de fijarse en el otro término de aquel dualismo. No era posible renunciar á tanta sensibilidad desbordada, á tanta ansiedad satisfecha, á tantas lágrimas de placer, á tantas cosas nuevas y desconocidas, surgidas de improviso del fondo de la naturaleza, como la violenta vaporización de los materiales de un volcán, sometido de pronto á la acción de enérgico fuego interior. Su espíritu tenía horror al olvido, como la naturaleza tiene horror al vacío. No, imposible; renunciar á aquello era un hecho que no cabía dentro de la voluntad humana. Era preciso ir.

Pero... pero se acababa su representación en el mundo. Adiós bailes, fiestas, tertulias en que todos se consideraban felices al ser mirados por ella. Ya se concluía la Susana omnipotente, que avasallaba á todos y de todos era idolatrada. Además, ¿cómo olvidar la imagen de su padre irritado en el momento de morir, cual nunca lo había estado en vida? Le había de ver todas las noches apareciéndose en sueños para maldecirla; había de escuchar constantemente aquellas palabras: «¡Que tus hijos sean monstruos horrendos!» y no tendría un momento de tranquilidad. Y al mismo tiempo el pobre abuelo, que la amaba más que su mismo padre, se moriría de pena viéndola unida á aquel hombre aborrecido. Recordaba sus súplicas, pidiéndole con tanta ternura como un joven amante, que renunciara á un amor bochornoso; recordaba sus lágrimas, que nunca en ningún tiempo había visto en el rostro del anciano, y el corazón se le apretaba de angustia. Su padre muerto, pero vivo en la memoria eternamente por su terrible anatema; su protector y amigo resuelto á abandonarla y á morirse también de desesperación, la perseguían como dos sombras irritadas y vengativas. No, de ningún modo; era imposible ir.

Como una balanza matemáticamente nivelada, y oscilando en períodos iguales, así estaba su espíritu, y así resistió dos días de constante meditación. Bastaba un grano de arena para inclinar de un lado cualquiera de los dos platillos, y este grano de arena lo arrojó un hecho que parecía casual, pero que ella juzgó dispuesto por la Providencia.

Don Lino Paniagua se presentó en su casa cuando menos ella lo esperaba, y pidió ser llevado á su presencia, en lo cual no hubo inconveniente, por la general creencia de que el abate era un ser completamente inofensivo.

II

— Señora condesa — le dijo complaciéndose en acentuar el título, — vengo á consultar con usted un grave asunto. No he querido decir nada á la familia, porque esto es cosa que usted sola debe saber. Ante todo, le suplico que no vea en mis palabras nada que pueda ofenderla. Usted debe saber que el Sr. D. Martín tiene un hermanito, el cual se había extraviado, y no era posible encontrarle.

— Sí — dijo Susana con la mayor viveza, — ¿ha parecido?

— Pues contaré á usted. Me han encargado una comisión sumamente delicada. Ese niño ha parecido en Aranjuez, en casa de los señores de Sanahuja, que le recogieron. Nuestra amiga doña Engracia le vió, supo por él que era hermano del Sr. D. Martín, y deseando hacer una obra de caridad, me lo envía para que yo se lo entregue al interesado. He aquí mi aprieto, señora condesa; el niño está en mi casa, adonde ha llegado esta mañana, y como yo no sé dónde está el Sr. D. Martín, vengo á que usted me lo indique, si lo sabe, y siempre en el caso de que esto no le cause molestia.

Don Lino calló y aguardó la respuesta, no sin cierto temor de oir un ex abrupto. El semblante de Susana se alteró, recobrando de improviso su animación. Sus miradas volvieron á ser lo que habían sido antes, expresivas y deslumbradoras; se levantó y dió algunos pasos. Todo

anunciaba en ella que la lucha había concluído, y que al fin tomaba una resolución decisiva. Para el abate no pasó inadvertida aquella inopinada resurrección.

— Voy, voy, voy — dijo para sí;—voy á llevarle ese niño. Es un deber; ya no lo dudo. Cumpliré mi palabra, y seguiré mi destino. Yo necesito verle y presentarle á su hermano, hallado al fin y recogido por mí. Este es un aviso del cielo, que me da resuelta la cuestión. Sí... es un aviso del cielo. Iré; es preciso ir. Me asombro ahora de haber dudado un momento.

Después, sentándose de nuevo, dijo en voz alta :

— Don Lino, tengo que pedir á usted un favor.

— ¡Ah! algún encargo, ¿quiere usted que le traiga otra caja de pastillas de casa del Mahonés?

— No; no es eso.

— Disponga usted de mí por esta tarde, porque ahora tengo que ir á casa de las escofieteras de la calle de Milaneses para decirles, de parte de doña Robustiana, que no pongan á las papalinas cintas verdes, sino azules.

— No es para hoy; será para mañana. Quiero que me acompañe usted á una parte.

— Señora condesa — dijo el abate muy asustado. — Recuerde usted las circunstancias... Usted no podrá salir de aquí.

— ¡Que no puedo salir! — contestó Susana con un arranque de soberbia que asustó á Paniagua.

— Pero... quería decir... Si la familia lo sabe, ¿qué creerá de mí?

— Usted irá, irá conmigo — dijo Susana en un tono que no consentía réplica.

— ¿Es á alguna casa conocida?

— No es en Madrid.

— ¿Tenemos que ir fuera? Pero señora condesa, considere usted...

— Usted va conmigo; usted va conmigo sin remedio. No hay otra persona que pueda hacerme este inmenso favor. No será usted capaz de desairarme.

En efecto, Paniagua no era capaz de decir que no á nada, y después de mil súplicas encantadoras, después de mil coqueterías irresistibles, prometió á Susana acompañarla al punto que ésta tuviera por conveniente.

— Pues bien—dijo ésta;—mañana al anochecer aguárdeme usted en su casa, y esté preparado para un viaje. Tenga usted un coche preparado, cueste lo que cueste.

— ¿Y qué hago con ese chicuelo que me han enviado?

— Ha de ir con nosotros.

— ¡Ah! — dijo el abate asustándose otra vez. — Pero señora condesa, repare usted... la familia... el doctor...

Se entabló de nuevo la disputa; pero al fin cedió don Lino, impotente para negar lo que se le pedía de un modo tan apremiante. Convino en prepararlo todo y en aguardarla á la noche siguiente.

CAPÍTULO XXVII

Quemar las naves.

I

Los individuos que habían de componer la Junta estaban reunidos y profundamente atentos al suceso ya próximo y cuyo éxito era un pavoroso enigma. No pasaban de doce, y ocupaban un gran salón mal amueblado en la planta baja de un caserón ruinoso. En sus semblantes, más se notaba tristeza de penitentes que entusiasmo de conspiradores. Parecía que la proximidad de los hechos había enfriado un tanto su primer acaloramiento, y que no estaban hechos aquellos caballeros de la madera con que se fabrican los revolucionarios. Había dos, sin embargo, que eran cada vez más ardientes y recogían todas las palabras de Martín con verdadera ansiedad, expresando en sus fisonomías las diversas impresiones que experimentaban al oirle.

Pálido, grave y con claras señales de haber padecido grandes insomnios, estaba Martín sentado en lo que parecía ser cabecera de la mesa oblonga colocada en el centro del cuarto.

— ¿Qué hora es? — preguntó.

— Las diez — contestó uno de los presentes.

— Dentro de dos horas estará cada uno en el sitio que le corresponde — dijo Muriel solemnemente. — ¿Hay alguno que se sienta débil para lo que exige tanta resolución? ¿Hay alguno que no se halle con fuerzas para poner su firma al pie del acta de la constitución de la Junta? Todavía es tiempo: faltan aún dos horas. Los cobardes tienen tiempo de arrepentirse. Si hay alguno que viendo de cerca el peligro quiere retirarse á su casa para llorar como mujer los males de la patria, en lugar de arrostrar la muerte para